

*El
verano
de la
ubume*

Ubume no Natsu

NATSUHIKO KYŌGOKU

**Traducción del japonés:
Isami Romero Hoshino**

**Adaptación:
Eva González Rosales**

**QUATERNI**

UBUME NO NATSU by KYOGOKU Natsuhiko
Copyright © 1994 KYOGOKU Natsuhiko
All rights reserved
Originally published in Japan by Kodansha Ltd., Tokyo
Spanish translation rights arranged with OSAWA OFFICE
through THE SAKAI AGENCY

Copyright © 2014 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción del japonés: Isami Romero Hoshino
Adaptación: Eva González Rosales

EL VERANO DE LA UBUME. Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-941802-1-7
EAN: 9788494180217
IBIC: FH, FF

QUATERNI
Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es
Buenos Aires | Madrid | México D.F. | Santiago de Chile

Editor: José L. Ramírez C.
Revisión: Raquel Ramos Cudero
Diseño de colección: Quaterni
Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | www.dombidau.com
Maquetación: Grupo RC
Impresión: Gráficas Díaz Tuduri, S.L.
Depósito Legal: M-14335-2014
Impreso en España

20 19 18 17 16 15 14 (6)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

いぬめ



Imagen extraida del libro *Pictorial Book of Yokai, Supernatural Monsters* por Natsuhiko Kyōgoku.

1

Subo una pendiente continua y pronunciada que resulta extenuante. Voy camino de la librería Kyōgokudō.

Los cálidos rayos del sol amenazan con poner fin a la temporada de lluvias y en este camino en cuesta no hay ningún árbol para resguardarse del sol. Hay una especie de muro de adobe de color café que sigue, y sigue. ¿Habrà una casa al otro lado? ¿O se tratarà de un templo, o de un lugar de retiro? No sé lo que será. A lo mejor se trata de un parque o de un jardín. Ahora que lo pienso, vallar un edificio tan grande debe ser muy complicado, así que seguramente sea un jardín o algo similar.

La pendiente no tiene nombre.

No, miento. Debe tenerlo, pero la verdad es que yo no lo conozco. Subo esta cuesta una vez al mes. No es cierto: la subo dos o tres veces. Llevo ya dos años visitando esa librería. No sé cuántas veces he hecho este camino.

Sin embargo, lo más curioso es que mi recuerdo del paisaje urbano que hay desde mi casa a esta cuesta es borroso. No solo no sé cómo se llama la pendiente, sino que también ignoro por completo el nombre y la dirección de lo que la rodea. Ni siquiera me interesa saber qué hay al otro lado de esta tapia.

Se ha nublado de repente, pero la temperatura no ha cambiado.

Justo cuando llego a la séptima demarcación de la pendiente, me quedo sin aliento.

Cuando por fin termino de subirla, la cuesta se bifurca en varios caminos secundarios. La tapia de adobe también se divide. Entre los caminos secundarios hay un bosquecillo de bambú y una hilera de casas viejas. Si sigues avanzando, aparecen unos ultramarinos y una ferretería. Y si continuas un poco más, terminas saliendo a una calle que pertenece a la zona comercial del barrio vecino.

Eso significa que la librería Kyōgokudō está ubicada entre dos barrios, ¿no? Está en el barrio contiguo al mío, aunque el código postal es distinto. A veces pienso que ningún cliente va a venir hasta aquí, que está demasiado lejos de todo, pero solo es una impresión mía: para los que viven en el barrio contiguo debe ser relativamente fácil llegar hasta aquí.

Kyōgokudō es una librería de viejo.

El librero es un antiguo amigo mío. Tiene libros que probablemente no se venderían en ningún otro sitio. ¿De verdad piensa ganar dinero con este negocio? Me lo pregunto a menudo. Nadie en su sano juicio le diría que su negocio está bien ubicado, ni siquiera por quedar bien con él. El librero dice que eso no le preocupa porque tiene muchos clientes habituales, pero para mí es algo inverosímil.

En la librería Kyōgokudō se venden manuales especializados, libros escritos en chino clásico y cosas del estilo. Son textos de segunda mano que otras librerías de viejo jamás comercializarían, pero aquí se venden como churros. Algunos de sus amigos, que se dedican al mismo negocio, le pasan todos los libros de este tipo que llegan a sus manos. Esto hace que la clientela que busca este tipo de material tenga que visitar con frecuencia este lugar, ya que es el único sitio donde se puede conseguir, y que la mayor parte de los clientes sean profesores universitarios e investigadores. Me ha contado que también vienen aficionados desde muy lejos. Todo esto me lo ha dicho el propio librero, así que no sé si será verdad.

De hecho, estoy convencido de que es más rentable para él su segundo oficio, aunque casi nunca habla de ello.

La librería está junto a un bar de soba¹, rodeada por una triste arboleda de bambúes. Más allá, hay un bosquecillo en el que se ubica un pequeño templo sintoísta. En teoría, el librero era el sacerdote de ese templo. Bueno, todavía lo sigue siendo. Se supone que en las fiestas de la localidad entona algunos rezos, pero yo nunca lo he visto hacerlo.

Miro de reojo un lienzo firmado por *Kyōgokudō*. Al parecer lo ha pintado el librero, aunque no sé si es una obra de arte o una porquería. Abro la puerta corredera y entro. Está leyendo un libro de tapa dura y estilo japonés con expresión melancólica, como siempre. Cualquiera diría que acaba de quedarse huérfano.

—Eh.

Lo que le he dicho parece cualquier cosa excepto un saludo. Me siento en la silla junto al mostrador. En ese mismo instante, veo la montaña de libros mal colocados que se apila alrededor de la silla.

Para qué ocultarlo; he venido a ver si ha traído algo nuevo.

—Tan inseguro como siempre. Si vas a saludarme, saludame bien. Si vas sentarte, hazlo correctamente. Si vas a leer un libro, léelo. ¿No ves que me desconcentras? —me dice sin apartar los ojos del libro.

No hago caso a sus palabras y fijo la mirada en la portada de un libro polvoriento.

—Bueno, ¿has conseguido algo interesante?

—No hay nada bueno —me contesta al instante—. Por eso estoy leyendo esto. No sé... Que la temática te parezca divertida o no depende de tu criterio, pero recuerda que en este mundo no existe ningún libro aburrido. Todos son interesantes. Los que no he leído casi siempre me resultan atractivos, pero una vez que los leo tardo un poco en recuperar el interés por ellos. Así de fácil. Ahora que lo pienso, no solo son interesantes los libros que están aquí amontonados, sino también los que llevan años cogiendo polvo en los estantes. No te será difícil encontrar uno,

1 Fideos hechos de alforfón que pueden servirse fríos o calientes.

así que decídetete y compra algo. Te vendría bien aprender cosas nuevas, para variar.

Después del sermón que me acaba de soltar, el huraño librero levanta un poco la cara y me dedica una sonrisa.

Como siempre, eludo la conversación y evito responderle directamente.

—Solo leo las obras que me llegan al corazón. Si leyera con tanto entusiasmo como tú, cualquier cosa me parecería interesante, claro, pero no es eso lo que estoy buscando. En los libros, busco algo diferente; mi noción de la lectura es muy diferente de la tuya.

Me guste o no, una vez que ha sacado un tema, es imposible detener su disertación, que muchas veces termina convirtiéndose en una paranoia. Aunque comience como una charla aburrida, la mayor parte de las veces deriva en algo exageradamente profundo que a su vez desemboca en teorías que involucran incluso el porvenir del Estado. No sé por qué, pero en el fondo me gusta escucharlo, así que siempre contesto tonterías como si buscara adrede desviar la conversación.

El librero, como siempre, me mira con sorna. A continuación me dice con ironía:

—Eres el lector menos apasionado que conozco. Todos los clientes que vienen aquí aman los libros. Tú, en cambio, aunque lees mil veces más que la media, lo haces sin pasión. Eres un personaje triste; vendes la mayor parte de los libros que lees.

Tiene razón: he revendido el ochenta por ciento de los libros que he comprado. Y este excéntrico amigo me ha sermoneado todas las veces, aunque en realidad no sé de qué se queja, ya que es él quien finalmente termina comprándomelos.

—Tu negocio funciona gracias a personas como yo, ¿no? Si nadie vendiera sus libros, los dueños de las librerías de segunda mano serían como pescaderos sin pescado. Todos los peces que tienes y que has colocado en estos estantes son libros de los que hemos querido deshacernos personas como yo.

—¿A quién se le ocurre comparar los libros con el pescado?
Después de decir lo anterior, Kyōgokudō duda un poco.

Habitualmente, cuando discutimos, el librero termina convenciéndome, así que me alegro de que mi inteligente amigo no haya sido capaz de rebatir lo que he dicho. Normalmente, cortaría la conversación aquí, pero como no quiero desperdiciar esta maravillosa oportunidad, sigo hablando.

—Sí, los libros y el pescado son lo mismo. De hecho, cuando lees un libro antes de ponerlo en el estante, es como si probaras el pescado antes de venderlo, y eso no está bien. ¿Qué deberíamos pensar de un librero que se pasa el día leyendo los libros que tiene a la venta? ¿Qué pasaría si algún cliente quisiera comprarlos?

—Caray, parece que no comprendes que la mercancía de las librerías de segunda mano es propiedad de los libreros. Las editoriales no me piden que tenga estos libros aquí, y tampoco los traigo porque algún cliente me los haya pedido. Todos los libros que hay en esta tienda los he comprado yo, así que nadie puede decirme nada si me los leo, o si decido usarlos de almohada. Los clientes vienen aquí y me piden que les venda mis libros. Soy generoso y comprendo su deseo de poseerlos, así que se los vendo. Les estoy haciendo un favor. Además, deja que te diga que lo que estoy leyendo ahora no está a la venta.

Después de decir esto, parece satisfecho. A continuación, me enseña la portada del libro de tapa dura que ha estado leyendo.

Es una obra del pintor Sekien Toriyama¹ titulada *La bolsa ilustrada de los cien demonios al azar*, que fue publicada en el periodo Edo. Tiene razón, no es una mercancía, sino uno de los libros de su colección. Pero ha sido casualidad que el libro que está leyendo sea de su propiedad; eso no quiere decir que no haya leído casi todos los libros que tiene a la venta. No es que eso sea algo malo, pero siempre se lo restriego.

Creo que, si su negocio no ha prosperado, es debido al poco interés que tiene por el dinero. Lo que ha ocurrido no hace más que confirmar mi opinión. Desde mi punto de vista, solo vende

1 (1712-1788). Pintor japonés del periodo Edo que se dedicó casi en exclusiva al dibujo de monstruos.

los libros que él quiere leer. Sin embargo, como tiene un gusto estúpidamente arbitrario, tiene variedad suficiente para responder a la demanda del mercado. Eso es lo único que explica la supervivencia de su negocio.

Kyōgokudō parece estar de buen humor.

—Bueno, pasa —me dice. Por fin me ha dado permiso para entrar en la habitación—. Mi mujer no está, así que no te puedo ofrecer café. Aunque, bueno, no sé por qué me preocupo, ya que tienes tan mal paladar que no sabrías distinguir un café de un té inglés. Tendrás que conformarte con este té, aunque lo he recalentado ya varias veces.

La tetera está sobre una mesita lacada de estilo Tsugaru. Al parecer lleva ahí desde mucho antes de que yo llegara. Kyōgokudō se ha mostrado tan maleducado conmigo como siempre.

—¿Qué estás diciendo? Aunque no te lo creas, soy un experto distinguiendo el café por su aroma.

—¡Ja! Ahora me sales con un chiste. No me hagas reír. El otro día, cuando pediste un colombiano en la cafetería, la camarera se equivocó y te trajo un café moca, y no te diste ni cuenta. Luego me dijiste que en realidad habías pedido un moca y me intentaste dar una cátedra sobre café. Entiendo que quieras presumir porque no eres más que un escritorzuelo, pero eso está más allá de tus capacidades. De hecho, quien pasa un mal rato escuchando tus tonterías soy yo. ¡Qué vergüenza!

Mientras Kyōgokudō remarca con malicia lo anterior, me ofrece el té que ya ha recalentado varias veces. No era broma.

He sudado mucho subiendo la cuesta así que, aunque este té es malísimo, me sabe muy bien.

Todas las paredes de este cuarto de diez tatamis están llenas de estanterías, como en cualquier otra librería, pero si tenemos en cuenta que esta es la alcoba del dueño, no deja de ser impresionante. Su cónyuge no deja de quejarse de la situación, y lo cierto es que yo la comprendo. Sin embargo, no es que los libros estén invadiendo su hogar. Al contrario: según me contó el librero, su colección privada se ha expandido hasta su negocio,

lo que ha provocado que empiece a venderla también. Esa es la realidad.

Cuando vengo, la librería suele cerrar. Hay veces que nos quedamos hablando tanto rato que se nos olvida cenar.

Yo antes tenía trabajo. Aunque mi sueldo era modesto, la universidad me pagaba para que investigara sobre un tipo de moho mucilaginoso. Sin embargo, como no me alcanzaba para vivir, ahora me gana la vida escribiendo artículos sobre distintos temas. Lo bueno de este trabajo es que puedo administrar mi tiempo como yo quiera. Puedo estar como esta tarde, malgastando el tiempo sin la menor preocupación, excepto los días previos a las fechas de entrega. Sin embargo, el caso de Kyōgokudō es distinto: él vive de atender a su clientela. Al principio creía que mi presencia era una molestia pero, como no parece tener la más mínima intención de potenciar su negocio, he dejado de preocuparme.

No obstante, aunque pase conmigo estos ratos de pereza, el amigo que tengo delante no muestra interés alguno por las cosas que escribo. A mí me gustaría dedicarme a la literatura, pero en realidad escribo artículos sin firma para algunas revistas juveniles de ciencia y aventuras. También escribo para indecentes revistas de adultos; si no lo hiciera, no podría mantenerme. Por eso, cuando me dice que soy un escritorzuelo, no sé qué contestarle.

—Bueno, mi querido Sekiguchi, ¿qué historia me traes hoy? —me dice el librero mientras se lleva un cigarrillo a la boca.

Conocí a Kyōgokudō durante mi época de estudiante, hace quince o dieciséis años. Cuando estábamos en el colegio él era un chico de aspecto enfermizo, tanto que parecía padecer alguna enfermedad respiratoria; tenía mala cara las veinticuatro horas, y siempre estaba leyendo libros complicados.

En esa época, yo estaba un poco depresivo: no era capaz de adaptarme a las dificultades, no sabía relacionarme con las mujeres y prefería estar solo, pero parecía caerle bien a aquel chico.

Sin embargo, él era totalmente diferente a mí.

Yo era un tipo callado y melancólico, pero él era muy extrovertido y tenía un círculo de amistades bastante amplio. Debido a eso, tuve que empezar a relacionarme con personas de las que en otras circunstancias me habría mantenido apartado. Fue muy embarazoso para mí.

Aunque era normal que un chico depresivo como yo sintiera aversión a ese tipo de situaciones, me parecía totalmente incomprensible que a él tampoco le gustaran. De hecho, era él quien me llevaba a esos sitios. Si no le gustaba ir, podría haberlo evitado, pero mi extraño amigo participaba en estas reuniones a pesar de considerar a sus participantes idiotas o estúpidos. Cada vez que iba, se ponía furioso.

Ahora que lo pienso, creo que, en aquella época, Kyōgokudō disfrutaba enfadándose. Sea como fuere, su ritmo de vida terminó arrastrándome y, sin darme cuenta, mi depresión desapareció. Mis vaivenes emocionales se terminaron. Este tipo de dinámica tuvo un efecto positivo para un depresivo enfermizo como yo, que solía encerrarme en mí mismo.

Cabe señalar que mi amigo tenía un conocimiento inusual sobre cosas totalmente ajenas a la vida cotidiana.

En particular, sabía mucho sobre las religiones de todos los rincones del mundo, desde el cristianismo, el islamismo, el confucianismo o el taoísmo hasta el *onmyōdō*¹ y el *shugendō*². También sabía muchas cosas sobre las costumbres, tradiciones orales y leyendas, y ese amplio conocimiento llamaba poderosamente mi atención. Para Kyōgokudō, por otra parte, yo era un espécimen interesante porque en aquella época estaba yendo a terapia para curar mi depresión, y él estaba interesadísimo en la psiquiatría y la psicología.

Por este motivo, nuestras conversaciones eran muy intensas. El contenido de nuestras discusiones era diametralmente opuesto al del resto de estudiantes de esa época, o eso era lo que

1 Cosmología esotérica que mezcla elementos de astrología, ocultismo y taoísmo. Surgió en el siglo XII y fue prohibida en la era Meiji.

2 Especie de budismo que busca la iluminación a través del contacto con la naturaleza.

yo creía; discutíamos con la misma intensidad sobre política que sobre la crianza del carpín dorado o sobre lo simpáticas que eran las dependientas de las confiterías. Pero ahora eso son historias del pasado, de la época de nuestra juventud.

Desde entonces, ha pasado una década.

Hace dos años me casé y, debido a eso, abandoné la investigación sobre el moho mucilaginoso en la que había estado inmerso desde que salí de la universidad. Decidí concentrarme en la escritura de mis modestos artículos y me mudé al lugar donde vivo ahora. Hace también dos años que Kyōgokudō dejó su trabajo de profesor de bachillerato. Al principio, pensé que se dedicaría al mantenimiento del templo sintoísta, pero reformó su casa para abrir la librería de segunda mano.

Desde entonces, cuando no me siento inspirado o cuando pasa algo interesante, visito este sitio para charlar de tonterías, tal como hacía en mi época de estudiante. Suena pedante, pero creo que esto también es una parte importante del trabajo de un escritor. Sin embargo, es posible que recordar mis días de estudiante no sea más que una forma de escapar de mi precaria vida. El delgadísimo Kyōgokudō se casó al terminar la universidad y engordó un poco, pero su rostro enfermizo y malhumorado sigue siendo el mismo: no ha cambiado nada.

—¿Crees que es posible que una mujer esté embarazada durante veinte meses? —le pregunto lentamente.

Tan. Tan. Desde algún lugar llega el sonido de un tambor.

Seguramente están practicando para los festivales de verano.

Kyōgokudō no parece impresionado ni interesado. Expulsa lentamente el humo de su cigarrillo.

—¿Has venido hasta aquí para preguntarme eso? Yo no soy comadrona, ni ginecólogo. ¿Cómo voy a saber yo la respuesta a algo que ni siquiera uno de ellos te podría contestar?

—Bueno... Ante este tipo de sucesos no existen respuestas. Supongamos que existe una mujer que lleva veinte meses embarazada y cuyo vientre es más o menos el doble que el de una embarazada normal. Y añade a eso que el niño no muestra indicios de querer salir. En caso de que fuera cierto, ¿no creerías que es algo anormal? ¿No te parecería misterioso?

—Que te quede claro, Sekiguchi: en este mundo no hay nada misterioso —me dice.

Esta frase es una muletilla que siempre usa.

No, más bien es su lema.

Si analizáramos la frase, podríamos interpretarla como un paradigma del racionalismo moderno, pero al parecer no se refiere exactamente a eso.

Le da una última calada a su cigarrillo, que se ha vuelto diminuto, y, después de hacer una mueca como si le hubiera sabido mal, continúa hablando:

—Primero: en este mundo solo existe lo que debe existir y solo ocurren las cosas que deben ocurrir. Cometemos el error de pensar que podemos comprender todo lo que hay en el universo, pese a que nuestro conocimiento o experiencia es ínfimo; por eso, cuando nos topamos con un suceso que supera por completo nuestro conocimiento o nuestra experiencia, todos decimos a coro que es un misterio o armamos un alboroto porque es extraño. ¿Cómo van a entender lo que ocurre en este mundo aquellos que ni siquiera se han cuestionado el origen de su linaje?

—¿Te estás refiriendo a mí? Tienes razón, yo no comprendo todo lo que ocurre en el mundo, pero soy consciente de ello. Y como no lo entiendo, creo que es misterioso.

—No me estaba refiriendo a ti en concreto —me dice despreocupadamente, y se acerca a una especie de jarrón que hay junto al cenicero—. Estaba generalizando.

—Da igual —le contesto, enfurruñado—. Lo que dices es verdad: lo que puedo abstraer de la realidad que me rodea está restringido por mi capacidad. Por eso he venido hasta aquí, para escuchar tu explicación.

—Eso suena como si yo fuera un entendido en asuntos sobrenaturales. Te advierto que en realidad soy más prudente que tú, aunque me pones en un brete, ya que es importante tener sentido común y un poco de cultura. No obstante, eso solo sirve de algo cuando se trata de un espacio restringido, y por eso es arrogante pensar que se lo puedes aplicar universalmente a todo.

—Ya, leñe. Entonces, ¿qué es lo que no te ha gustado?

Al parecer, a Kyōgokudō le ha disgustado parte de lo que he dicho. Si eso es cierto, será imposible seguir charlando sobre este tema. Si un tema le interesa, aunque sean unas sandalias colocadas junto al baño, puede estar todo el santo día hablando de ello; pero cuando ocurre lo contrario tiene la costumbre de cambiar abruptamente de tema. Pero no importa: aunque ese sea el caso tengo curiosidad por saber en qué va a desembocar este tema.

—Bueno, veamos. En el hipotético caso de que existiera una embarazada con esos síntomas tan inusuales, lo normal sería que fuera al médico. Debido a lo extraño del caso, probablemente saldría a la luz pública y tanto tú como yo nos habríamos enterado, ¿no crees? Desafortunadamente, yo no sé nada al respecto, así que lo más seguro es que haya sido el médico que la está tratando quien te ha filtrado la información. Esto es difícil de creer, porque ningún médico que esté en sus cabales daría esos datos a un desconocido, y menos aún a uno que no tiene ni idea de medicina. Además, ¿por qué iba a contártelo? Así que lo más seguro es que tu fuente de información no sea el médico. —Kyōgokudō hace una pausa y me mira con una ceja levantada—. Entonces probablemente haya sido la embarazada, o alguno de sus familiares, quien te lo ha contado. En ese caso, debería haber una razón que les impidiera acudir a un médico, o quizá es que no tienen confianza en el doctor que la está tratando. Podemos pensar cualquier razón pero, sea lo que sea, no es algo que deba consultarse con un escritor no especializado. Tampoco es creíble que te lo hayan confiado como un secreto. Por lo tanto, este debe ser un suceso que no solo conoces tú, sino un número indeterminado de personas. Así todo tendría sentido.

»Está claro que debe tratarse de un rumor. Además es un chisme que no tiene base científica o médica, uno que simplemente ha pasado de boca en boca. Es posible que las personas que conocen el rumor, incluido tú mismo, hayáis escuchado el final de una leyenda o de un relato de fantasmas escrito por un novelista de tercera. La gente disfruta teorizando sobre las causas y efectos de este tipo de maldiciones; es más, son muchos los idiotas que intentan usar la ciencia para explicar este

tipo de tonterías. No en vano existe una llamada «ciencia de lo paranormal». Pero, bueno, eso no importa. ¿Me has traído esta historia para que te desmonte el rumor a golpe de lógica? Imagino que piensas usarlo para escribir uno de los macabros artículos que publicas en las revistas para adultos. Si este era tu objetivo, no te vas a salir con la tuya.

Para terminar, Kyōgokudō toma aire y se bebe de un trago su té frío.

—¿Qué cosas tan desagradables me dices!

Me gustaría contestarle, pero tengo que admitir que todo lo que me ha dicho es verdad en parte. Desisto y no lo contradigo.

—Sabes cuánto odio ese tipo de conjeturas ociosas y, aun así, tratas de utilizarme. Cuando nuestras charlas pasan por tu pluma, siempre se convierten en historias de fantasmas.

—Oye, pero a ti te gustan ese tipo de historias.

—Nadie ha dicho que no me gusten. Las historias de fantasmas, si están bien escritas, me encantan. De hecho, estos relatos son indispensables para comprender el pasado de las personas, su cultura y su vida espiritual. Empero, creo que perdimos la esencia de las cosas hace mucho tiempo. Las leyendas sobre monstruos que se contaban en las aldeas montañosas durante el periodo Edo y las que se cuentan en las urbes modernas son totalmente diferentes. Para los individuos de ahora, el misterio no es más que algo sin explicación. No lo comprenden y, en lugar de admitirlo sin más, le buscan una explicación idiota. Eso lo ha estropeado todo. Culpar a los fantasmas de cualquier problema es un gran error. Esto es justamente lo que odio, este tipo de suposiciones tontas.

—Sin embargo, tú te dedicas a algo similar: eres exorcista. Y me han dicho que te va muy bien.

Kyōgokudō es un *kitōshi*, un chamán que expulsa a los espíritus del cuerpo de los poseídos y que exorciza a los seres malignos. Puede que esto forme parte de su labor como sacerdote, pero no tiene nada que ver con el sintoísmo. Para ahuyentar a los espíritus malignos recurre a técnicas de una secta religiosa diferente, algo muy excéntrico. Dicen que sus conjuros son sumamente efectivos, pero él no suele hablar nunca de ello.

Hay un momento de silencio, aunque no parece molesto, sino asombrado. Empiezo a impacientarme: quiero saber lo que piensa al respecto. Hacía mucho tiempo que quería que me hablara de ese extraño oficio suyo. Merecerá la pena enfadarlo si así consigo que hable.

Continúo intentando provocarle.

—No te hagas el tonto. Sé que ahuyentas a los zorros y a los espíritus de los niños muertos que se aferran a la gente. Me parece que no estás en posición de burlarte de los fantasmas y espectros.

Por su expresión, como me temía, parece molesto. Cuando se trata de hacer muecas de enfado, mi amigo es el mejor del mundo.

—La religión, Sekiguchi, a diferencia de lo que ocurre en los malísimos relatos que escribes, es algo totalmente lógico. Solo se convierte en algo misterioso si sacas de contexto las partes más singulares, como los milagros o las apariciones. El hombre moderno rechaza la religión porque lo que más destaca de ella es su porción más incompatible con las ciencias naturales. Pero no es cierto que todo lo irracional sea inventado, o que solo sea una metáfora que encierra una enseñanza moral. Hay algunos que no son más que humo, pero otros muchos ejemplos son reales.

—La verdad es que no te entiendo. ¿Qué diantres quieres decir con eso? No has respondido a mi pregunta.

—Bueno, escúchame —me interrumpe—. ¿Qué ganas dejándote llevar por la fantasía, o afirmando que algo es mentira? ¿Qué obtienes concluyendo que los misterios no son más que parábolas? Eso no niega la existencia de las religiones en el mundo, ¿verdad? No es más que un modo en el que los ateos se burlan de los creyentes. Y los creyentes, por su parte, desdeñan a los que no creen. Los religiosos y los científicos están siempre discutiendo. Una parte cree en lo que no ve, y la otra considera que si no puede verlo, no existe.

—Lo mires por donde lo mires, tu disertación es demasiado abstracta. Por lo que he entendido, me estás diciendo que lo que antes se consideraba incomprensible fue esclarecido por

la ciencia, y que esta utiliza su conocimiento para curar a los poseídos o eliminar las maldiciones. ¿Estoy en lo correcto? Eres igual que esos científicos sobrenaturales a los que llamas idiotas: es casi imposible entenderte.

—No es cierto. La ciencia tiene que ser universal. Los resultados de dos experimentos efectuados bajo las mismas condiciones tienen que ser iguales. Sin embargo, en el caso del pensamiento, del espíritu, de la mente, o incluso de los dioses, no pueden usarse los mismos baremos. Aunque pertenezcan a la misma religión, dos personas distintas arrojarán resultados distintos. Por eso es un área de la que la ciencia no puede ocuparse. Si no han podido descubrir cómo funciona el cerebro, es imposible que entiendan los entresijos de la mente o el espíritu. Lo único que la ciencia no puede explicar es lo sobrenatural, y por eso «ciencia de lo paranormal» es una contradicción total.

—¿Pero no dices que existe un puente entre la ciencia y la religión?

—Exacto, un puente que permite que los científicos vean fantasmas a plena luz del día, y que los religiosos hagan desaparecer a los espectros sin necesidad de usar conjuros. Lo que quiero decir es que la clave de todo está en el cerebro.

No entiendo lo que me está diciendo.

—¿Hay alguna diferencia entre lo que acabas de decir y afirmar que los fantasmas no existen?

—Por supuesto que la hay. Los fantasmas existen; podemos verlos, tocarlos y escuchar sus voces. Empero, no existen. Y por eso no podemos usar la ciencia para estudiarlos. Pero es erróneo decir que, como no podemos estudiarlos, no son más que ilusiones. Porque en realidad sí existen.

Estoy completamente confundido. Kyōgokudō, mientras acaricia el borde del jarrón, me mira como un padre cuyo hijo no deja de hacer tonterías.

—Esa es la razón por la que tus artículos perjudican mi labor. En tus escritos afirmas pretenciosamente y con alevosía que los fantasmas y premoniciones existen, ¿no? Escribes de cosas que la ciencia no puede descifrar, pero aseguras que no hay duda de que lo hará en el futuro. Sin embargo, a continuación

afirmas que en este mundo existen cosas horribles que la ciencia no puede explicar. Escribes desde ambos lados de la moneda. Como es imposible explicarlo científicamente, los escépticos niegan su existencia y los pregoneros del misticismo se forran vendiendo amuletos y leyendo el futuro. —Hace una mueca de enfado y concluye—. La ciencia de lo paranormal va a terminar afirmando que algunos gatos pueden poner huevos.

Sus metáforas siempre son extrañas.

—Vale, no me ha quedado totalmente claro, pero entiendo algunos de tus puntos. Sin embargo, de acuerdo con tu lógica, ¿dónde queda la psicología y la psiquiatría? Como sabes, las he estudiado superficialmente. —Saco un cigarrillo y unas cerillas del bolsillo de mi pecho. Al encender el fuego percibo durante un instante el olor a fósforo quemado. Me encanta ese aroma—. Si la mente no puede ser estudiada, la psicología es una toma-dura de pelo, ¿no?

—El funcionamiento de los nervios es igual en todos los casos. La ciencia que se ocupa de las enfermedades de los nervios es la neurología, ¿no? Tener una enfermedad de los nervios es como tener hemorroides. Los nervios están conectados con el cerebro. Hay una respuesta en torno a su funcionamiento. Aunque no se ha avanzado mucho, en el futuro, las enfermedades nerviosas se podrán tratar con la misma facilidad que unas hemorroides.

—¿Unas hemorroides? No creas que es algo fácil de curar.

—No estropees la conversación diciendo bobadas —me dice, riéndose.

—No es ninguna bobada. Lo que quiero decir es que es un error pensar que el cerebro y los nervios son lo mismo que la mente y el espíritu. El famoso doctor Inoue¹, por confundir justamente eso, le echó toda la culpa a los nervios y al final terminó negando por completo a los fantasmas que tanto le interesaban.

1 Filósofo japonés (1858-1919) de la era Meiji y fundador de la Universidad de Tōyō. Dedicó una importante parte de su vida al estudio de los entes sobrenaturales.